

## NOTA

**EUROPA ANTE EL VACÍO**por **Carmen Alonso Villaseñor**

carmen.villasenor@resetweb.org

Investigador asociado en RESET

Inmerso en el inicio del siglo XXI, el mundo se enfrenta a una crisis económica devastadora que anuncia un nuevo cambio de etapa. Posiblemente el mayor perdedor en este cambio de ciclo sea Europa. No se trata de un evento abrupto, sino que es una realidad que se viene forjando a lo largo de un siglo. Sin embargo, el fondo de esta nueva realidad no es un simple devenir de la historia. En el declive europeo subyace una raíz profunda que ha latido a lo largo de todo el siglo XX: los europeos se encuentran carentes de un proyecto común que perseguir, y el no saber hacia dónde avanzar supone retroceder. Ello significa que aunque no existe una respuesta evidente, o ni siquiera única, es fundamental iniciar una reflexión profunda que permita enfrentar esta realidad, y comenzar a trazar un nuevo camino.

El siglo XIX había sido un periodo con un rumbo claro en Europa. Las guerras y revoluciones seguían un guión: la consolidación de los Estados nacionales y la implantación del liberalismo. Pero tras el primer tercio de siglo XX este rumbo se había esfumado: los proyectos nacionales de los Estados europeos se habían agotado, y el liberalismo parecía haber fracasado. El resultante vacío moral fue el caldo de cultivo de los movimientos de masas que se desarrollaron en los años previos a la Segunda Guerra Mundial: el fascismo y el comunismo, quienes ofrecían un nuevo ideal al que adherirse.

La decadencia que la falta de valores y la frustración en la búsqueda de un sentido implica, ya es anunciada en el siglo anterior por Nietzsche a través de su conceptualización de un nihilismo negador de la vida. Esta visión contrasta y a la vez se complementa con esa visión del mundo hegeliana, optimista, en un avance dialéctico continuo. Subyace en ambos casos la necesidad de una guía, un hacia dónde ir, un objetivo que alcanzar.

Ortega y Gasset analiza con este mismo sustrato el trasfondo de los años treinta, la esencia del periodo de entreguerras en “La rebelión de las masas”<sup>1</sup>. La decadencia y el vacío en el que el hombre europeo se encontró tenían para él dos raíces profundas. Primero, el advenimiento de las masas al pleno poderío social –el triunfo del hombre–masa–, y, segundo, el agotamiento de los Estados nacionales europeos como marco adecuado para el desarrollo de la civilización europea. Ambas raíces beben de una fuente común: la ausencia de un proyecto en las sociedades europeas. Las opciones vitales del hombre habían aumentado espectacularmente, pero sin permitirle superar esta desmoralización radical “vivimos en un tiempo que se siente fabulosamente capaz de realizar, pero no sabe qué realizar. (...) El mundo actual va como el más desdichado que haya habido: puramente a la deriva”<sup>2</sup>.

Ocho décadas después de la publicación de “La rebelión de las masas”, tras el hundimiento económico de los años 30, la Segunda Guerra Mundial, el enfrentamiento de dos modelos económicos, políticos y filosóficos a lo largo de la guerra fría, la posterior quiebra de la URSS y fracaso del comunismo, el establecimiento definitivo de EEUU

---

1. Ortega y Gasset, [1930] 2002

2. Op. Cit.: 83

como líder mundial indiscutible, las nuevas amenazas globales de la post-guerra fría –el holocausto nuclear, el terrorismo islamista o las nuevas guerras<sup>3</sup>– y una inmensa crisis económica, cabe preguntarnos de nuevo cuáles son hoy en día los fundamentos de Europa.

En el breve periodo que fueron los felices años 90, occidente se vio envuelto en un impulso hacia adelante: nos acercábamos al fin de la historia que anunciaba Fukuyama. El pensador americano, inspirado por las ideas de Hegel, creyó ver próximo el culmen de nuestros tiempos: occidente podía seguir expandiendo su modelo en el mundo. Según esta visión, el liberalismo y la democracia eran el fin último que todo Estado debía perseguir, y se acercaba el momento de alcanzarlo, ya que este modelo se había impuesto por delante de sus contrincantes. A pesar del optimismo que destila, esta visión encierra una oscuridad profunda y difícil de salvar: el día después del fin de la historia, ¿qué sucederá? ¿cómo asumir el vacío de la falta de un destino que perseguir? En este sentido, la alternativa huntingtionana tenía algo que decir. Huntington plantea que los conflictos del futuro no serán ideológicos o económicos, como hasta ese momento. La última fase en la evolución de los conflictos internacionales será el conflicto cultural, entre civilizaciones. Y este enfrentamiento permitirá la consolidación social en torno a los valores comunes de cada una de las mismas.

En todo caso, la ilusión fue breve, como el mismo Fukuyama reconoció. El atentado del 11-S en 2001 abrió una nueva brecha: la expansión occidental de una “paz liberal”<sup>4</sup> encontraba oposición radical en un sector marginal del mundo, que se negaba a occidentalizarse. Estos hechos –que en un primer momento se entendieron simplemente como una amenaza a la seguridad y desencadenaron una reacción indiscutida, la “guerra contra el terror”– significaban algo más profundo; era la ruptura con una visión unánime del futuro, de lo que debía ser el mundo. Existía un sector emergente dispuesto a plantear una alternativa propia. Y frente a esto, occidente en general, y Europa en particular, no tiene respuestas. La misión histórica que occidente había asumido se esfumaba, y esto banalizaba su lugar en el mundo.

En Octubre de 2012 la Unión Europea recibió el premio Nobel de la paz. Una decisión por muchos incomprendida, pero que viene a poner de relieve la significancia del proceso de integración europeo. Es revelador como desde dentro de la Unión, el premio ha sido acogido con un escepticismo abrumador, a diferencia de la visión desde el exterior. No es de extrañar; en Europa se ha olvidado la idea de qué es lo que le ha traído hasta aquí. Y lo que es más grave, no existe un nuevo ideal que indique a dónde se quiere ir.

La UE, creada en los años 50 para impedir nuevas guerras entre los Estados europeos, se ha ido abriendo camino, y ha absorbido tal nivel de funciones de los mismos, que aunque la soberanía nacional de cada uno de los países que la componen sigue siendo ferozmente defendida, en la práctica se encuentra diluida en una compleja distribución de competencias. Sin embargo, hoy en día la UE está profundamente cuestionada, y es que resulta difícil encontrar en este proyecto común que queda más allá de la simple liberalización económica. De alguna forma, se ha dejado de considerar al mercado único europeo un medio, para pasar a considerarlo el fin, y un proyecto que aspiraba a vincular y unir sociedades, se ha vaciado de todo contenido moral. En este contexto, no es extraño que alemanes, daneses, griegos o franceses no entiendan o acepten la necesidad de cooperar, y de sacrificar en aras de un interés común. Es que dicho interés común se ha esfumado.



3. Kaldor, 2001

4. Duffield, 2001

Sin embargo, dar marcha atrás y volver al encierro en las fronteras nacionales tampoco es viable. El Estado tiene una función vital: es el marco en el que se desenvuelve una sociedad cohesionada, el vehículo indispensable para la proyección de un objetivo común. Sin embargo, los diferentes Estados europeos han dejado de ser el vehículo adecuado, lo que se entiende a través del concepto de nación que Ortega y Gasset desarrolló.

La nación es un concepto dinámico, no determinista: la idea de nacionalidad no se puede fundar en una unidad de sangre o lingüística ni tampoco en una figura territorial, sino que debe residir en la unión de dos cualidades esenciales: la capacidad de presentar un proyecto atrayente para sus sociedades “No lo que fuimos ayer, sino lo que vamos a hacer mañana juntos nos reúne en Estado”<sup>5</sup>, y de lograr la adhesión de los hombres a ese proyecto incitativo. El Estado sólo es viable y se justifica si es capaz de aglutinar ambas facultades, y esta incapacidad es la que hace inútiles a los diferentes Estados europeos.

En Europa no existe una correspondencia entre las fronteras nacionales y los horizontes vitales de sus sociedades. Durante la construcción de los Estados europeos, existió una motivación que empujó este avance histórico: la afirmación de sus elementos comunes (lengua, historia, cultura, etc.) frente a la diferencia con otras naciones europeas. Aquellos elementos que entonces fueron diferenciadores hoy han quedado superados, y actualmente son más los rasgos que unen a los europeos frente a otros pueblos del mundo, que los que los separan. Es en este sentido que un posible “proyecto alemán” (o francés, o italiano) resulta caduco e inadecuado. Las antiguas naciones europeas ya no pueden encontrar un objetivo particular que las diferencie y las guíe al margen del resto de los europeos; se enfrentan a los límites de la civilización, y si no los superan, ello sólo puede desembocar en retroceso.

La carencia de Europa es aún más patente si se compara con otras regiones de su entorno: China o Brasil han encontrado en el crecimiento y la superación de la pobreza su guía, los Estados musulmanes se encuentran ante el reto de la democratización. ¿Qué persigue el hombre europeo? La libertad ya no es una utopía, tampoco la participación política. El bienestar económico se creía alcanzado, y sin embargo está en tela de juicio. ¿Es este el objetivo que deben nuestras sociedades plantearse?

Sin este objetivo claro, es evidente que no se puede conseguir el respaldo popular que hace viable y adecuada a la UE como marco del desarrollo social. Los europeos no se adherirán a un proyecto vacío, y resulta absurdo preguntarse el porqué de una falta de apoyo ciudadano a la UE. Esta crisis de ideas puede además, más allá de hacer peligrar el proyecto europeo, amenazar los logros de la democracia liberal, ya que ésta parece ya incapaz de ofrecer respuesta a esta duda vital.

Y esta es la realidad a la que nos enfrentamos: naciones que no se corresponden con los horizontes vitales de la sociedad, que la fragmentan, y un proyecto europeo vacío de contenido. Se trata de un dilema profundamente existencial.

En este contexto de incertidumbre hemos vuelto a un destructivo camino, el del populismo. Reina la mediocridad política y gobiernan demagogos –“los grandes estranguladores de civilizaciones”<sup>6</sup>–. Se vive políticamente al día, sin una idea clara y a la deriva. En Europa está germinando el declive; la necesidad de una reflexión profunda, que ilumine el camino a seguir, es acuciante.

5. Ortega y Gasset, [1930] 2002: 218

6. *Op. Cit.*: 37

## BIBLIOGRAFÍA

- DUFFIELD, MARK (2001): Global governance and the new wars. 2005, Londres: Zed Books.
- FUKUYAMA, FRANCIS (1992): El fin de la Historia y el último hombre. 1992, Barcelona: Planeta.
- HEGEL, GEORG WILHELM FRIEDRICH (1807): Fenomenología del Espíritu. 2006, Valencia: Pre-Textos.
- KALDOR, MARY (1999): New & old wars. Organized violence in a global era. 2002, Cambridge: Polity Press.
- NIETZSCHE, FRIEDRICH (1886): Más allá del bien y del mal. 2000, Madrid: Libsa.
- ORTEGA Y GASSET, JOSÉ (1930). La rebelión de las masas. 2002, Madrid: El País. ■